

### Reseña:

Devoto, Fernando y Pagano, Nora (2009). “Historia de la historiografía argentina”. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 475 páginas.

Lucas Bruschetti - UNLP

lucasbruschetti@yahoo.com.ar

En el año 2009 la editorial Sudamericana sacó la primera edición del libro “Historia de la historiografía argentina” escrito por Fernando Devoto y Nora Pagano, como parte de la colección “Historia Argentina” dirigida por José Carlos Chiaramonte. Uno de los objetivos fundamentales, que logran cumplir exitosamente, es ofrecer un repaso de manera general, por las diversas problemáticas que establecen los distintos historiadores y corrientes histórico-intelectuales en la historiografía argentina entre la segunda mitad del siglo XIX y mediados de la década de 1960.

Es importante subrayar que el marco cronológico que abarca el libro no es fruto de una decisión arbitraria, sino que encuentra justificación tanto en el prólogo como a lo largo del contenido mismo del texto. Proponen, por ejemplo, empezar con Mitre a pesar de ciertas dificultades que esto podría tener para adentrarse en el campo de estudio que va más allá de su figura. Por otro lado, deciden que el cierre sea durante los años sesenta del siglo XX por dos motivos. Primero porque consideran que ir más allá de esos años sería “superior a sus fuerzas y a su necesaria distancia crítica”<sup>1</sup>. Y en segundo lugar porque la dictadura de Onganía, con el posterior gobierno de Isabel Perón y el Golpe de Estado de 1976, generó un enorme vacío de transmisión personalizada e institucional de saberes y prácticas historiográficas de al menos quince años. Notan que a partir de los sesenta hay un corte historiográfico brusco y una crisis de las universidades argentinas, que hace que temáticamente les resulte dificultoso y complejo poder tender puentes con las anteriores tradiciones y corrientes que venían tratando.

La obra, así como la colección en la que está enmarcada, fue pensada para un público amplio no académico, pero que no por eso excluiría a uno académico o especializado en el tema. Sin embargo, una tiene la impresión, a medida que va leyendo, de lo dificultoso

---

1 Pág. 10

que puede llegar a ser el acceso a muchos más lectores/as que les pertenecientes al ámbito académico. Un público seguramente más restringido de aquel que se pretende. Es decir, dudo que sea un libro de divulgación científica ya que la temática y los diferentes contenidos que se tratan pueden ser por momentos muy densos y engorrosos. Pienso que si alguien accede a esta obra es porque le tiene que gustar o llamar la atención específicamente la temática abordada. Si bien el título claramente condice con el contenido del libro, no creo que termine por resultar muy atractivo para las personas que no se mueven en el ámbito de la ciencia histórica. Por otro lado, y en relación a lo anteriormente dicho, es de notar que el escrito no tiene notas al pie de página. Esta decisión fue tomada, seguramente, por el público al que supuestamente está destinado. Por las características propias de la colección se busca deliberadamente prescindir de la erudición común a los trabajos profesionales en un intento por no hacer excesivamente arduo ese primer acercamiento que pudiera tener cualquier persona no vinculada al mundo académico con temas a los que nunca tuvo acceso o por los que recién se está empezando a interesar. El ensayo bibliográfico viene a suplir, de algún modo, esa ausencia total de cualquier tipo de notas.

Por otro lado, en cuanto al libro en sí, se puede decir que está estructurado en un prólogo, seis capítulos y un ensayo bibliográfico. El prólogo cumple la función que debería: nos introduce someramente sobre algunos de los contenidos del libro, pero, sobre todo y más importante, hace comentarios pertinentes con respecto a su organización, así como a los criterios y marcos teórico-conceptuales que utilizaron para guiarse en el armado y puesta en coherencia del mismo. Los seis capítulos que le siguen no fueron escritos de manera conjunta por los dos autores, sino que decidieron que cada uno de ellos iba a escribir cada capítulo de forma alternada. Así el capítulo 1, 3 y 5 los escribió Nora Pagano, y los 2, 4 y 6 los hizo Fernando Devoto. Esto fue pensando así con la idea de que los lectores/as puedan “percibir algunas diferencias de estrategia y enfoque entre los capítulos que cada uno escribió así como algunas miradas parcialmente divergentes”<sup>2</sup>. Sin dudas que esta situación enriquece al libro y a su contenido, pero a mi parecer hubiera cristalizado mucho mejor ese propósito si los capítulos los hubieran hecho en conjunto. Ya que de esa manera habría aparecido de forma mucho más explícita esa diferencia de miradas y posicionamientos que pudieran tener entre los dos. Así se hubieran generado muchos más debates para pensar lo que de

otra manera se presentó como producto del pensamiento individual. ¿Qué más enriquecedor para una temática como historiografía que la confrontación intelectual? Pienso que allí se encuentra, como de hecho lo confirman los mismos autores a lo largo del libro, el secreto para generar la mayor cantidad de herramientas posibles para mirar y problematizar al pasado y a las diferentes corrientes históricas que se posicionan ante él.

El capítulo uno es sobre el problema de la conformación de la historiografía erudita local a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Parte de Bartolomé Mitre y el rol que ocupa en ese proceso, poniéndolo en un lugar central y determinante. Y si bien menciona a otras figuras de la época enmarcados en esa corriente mitrista o en otras (Paul Groussac, por ejemplo), lo hace de manera secundaria o ejemplificadora. Aparecen, más bien, nucleados en torno a la figura de Mitre. Por otro lado, si bien la autora destaca también a Vicente Fidel López, daría la impresión que lo hace como espejo negativo desde donde reflejar al propio Mitre, sus obras y la tradición historiográfica que surge a partir de él.

El segundo refiere a aquellos autores que Fernando Devoto prefiere definir más como “historiadores durante la época del positivismo”, que simplemente como “historiadores positivistas”. Un buen recaudo que toma, ya que aquella definición implica pensar en un clima de época y en una mayor cintura de pensamiento por parte de esas personas, más que en una definición determinista y cerrada que propone esta otra –además de ser, cuando menos, cuestionable la utilización del término “positivismo” para el momento, lugar e individuos que trata-. Temporalmente este capítulo toma el paso del siglo XIX al XX, ya que lo considera como el momento álgido y la cúspide intelectual de este grupo de historiadores. Destaca autores como Francisco Ramos Mejía, José María Ramos Mejía, Juan Agustín García, Ernesto Quesada, Rodolfo Rivarola, Lucas Ayarragaray, Carlos Octavio Bunge, José Ingenieros y Juan Álvarez. Si bien tienen algunas características en común que hasta podrían considerarse anecdóticas, el autor prefiere destacar las más importantes diferencias metodológicas, políticas e historiográficas hacia su interior. Termina por resaltar más las discrepancias que las coincidencias. Sin embargo, se los podría pensar en conjunto en tanto los contrastes que establecen y presentan con los historiadores eruditos del periodo anterior. Son agrupados, entonces, por la negativa, ya que el criterio que utiliza el autor para aglutinarnos es su oposición a los profesionales que los antecedieron.

El capítulo tres abarca a la Nueva Escuela Histórica a partir de la primera y, especialmente, de la segunda y tercera décadas del siglo XX, donde destacan historiadores como Rómulo Carbia, Emilio Ravignani, Ricardo Levene, Diego Molinari y Luis Torres. Claramente Nora Pagano los posiciona como herederos de la tradición mitrista, pero a la vez buscando sus puntos de distanciamiento con respecto a ella (haciendo del periodo anterior una especie de paréntesis historiográfico entre el primer capítulo y este otro). Por primera vez en el libro la Universidad de Buenos Aires deja de tener el protagonismo absoluto y exclusivo que detentaba, y su posición queda igualada con la Universidad Nacional de La Plata como institución generadora de conocimiento historiográfico. Además este capítulo tiene una serie de comparaciones entrecruzadas mucho más interesantes entre los diferentes historiadores en torno a mismos ejes temáticos que los que se encuentran en los capítulos anteriores. Ahora los personajes en su individualidad casi total ya no son el centro de atención, sino que lo son por ser parte de algo más amplio como corriente intelectual.

En el cuarto aparecen los historiadores agrupados bajo el rótulo de “revisionistas”. El autor sitúa su aparición a partir de la década del '30, teniendo su punto álgido durante los años de la Segunda Guerra Mundial, con la posibilidad de estirar el marco cronológico unos cuantos años más allá. Compartiendo espacios temporales solapados con el grupo anterior, aparecen aquellos historiadores que comienzan, de forma incipiente, a darle forma a esta corriente como Dardo Corvalán Mendilaharsu y Carlos Ibarguren, así como aquellas figuras que ya pueden ser plenamente consideradas dentro del revisionismo clásico como Julio Irazusta, Rodolfo Irazusta, Raúl Scalabrini Ortiz, Ernesto Palacio, Ramón Doll, Manuel Gálvez, José María Rosa (hijo) y Vicente Sierra.

El capítulo cinco es el que ocupa menor extensión en cuanto a cantidad de hojas. Casi la mitad en relación a los otros cinco capítulos. Es muy acertado el hecho de que la autora haga notar lo absolutamente diversa y compleja que puede ser una corriente rotulada bajo la denominación “Historiografía de las izquierdas”. Si ya la utilización del concepto “izquierda” puede resultar un tanto complicado, Nora Pagano resalta esta complejidad cuando habla de “izquierdas” en plural. Claramente hacia adentro de ella hay grupos, subgrupos y personajes que se pueden asemejar, pero que sin dudas también son muy disímiles, como así también aquellos que se sitúan en puntos completamente distantes dentro del amplio arco que supone la izquierda. Es la etiqueta más complicada de aplicar en cuanto a la densidad misma del concepto. Una podría pensar en lo

inabarcable que podría resultar hacer una tarea como esta, pero al menos el intento claramente vale la pena. Necesariamente el marco cronológico va a ser también sumamente extenso, abarcando desde finales del siglo XIX hasta entrada la década del '70. Si bien se podría destacar la poca profundización y exhaustividad como elemento constante a lo largo de este capítulo, la autora misma hace una autocrítica de esto. En parte se justifica por aquello que adelanté más arriba, y en segundo término por las pocas atenciones e intereses que estas corrientes de izquierda despertaron en los diferentes análisis historiográficos argentinos. Como acertadamente señala la autora, "La historia de la historiografía de las izquierdas en Argentina es un campo de indagación todavía escasamente abordado"<sup>3</sup>. Todo lo anteriormente dicho hace de la historiografía de izquierda una corriente marginal, que posee un lugar secundario con respecto a las diferentes corrientes hegemónicas con las que tuvo que convivir. Con respecto a las figuras que utiliza para indagar en esta corriente cabe destacar que arranca con historiadores como José Ingenieros y Aníbal Ponce, para pasar por Rodolfo Puiggrós, Eduardo Astesano, Jorge Abelardo Ramos, y llegar a Nahuel Moreno, Milcíades Peña y una serie de autores que apenas merecen, para la autora, poco más de una carilla de extensión. Sin duda deja por fuera personajes susceptibles de ser incluidos dentro de la tradición histórica expuesta.

El sexto y último capítulo se titula "La renovación historiográfica". Renovación en tanto venían a proponer, a criterio del autor, nuevos criterios interpretativos e historiográficos distintos a los expuestos por la Nueva Escuela Histórica, por un lado, y por los revisionistas, por el otro. De nuevo explica que si se los puede agrupar es por su oposición a las mencionadas corrientes. Ese es el elemento primordial que los unifica por sobre cualquier otro. Un grupo cuyos comienzos se pueden datar hacia las décadas del '30 y del '40. José Luis Romero emerge como la figura principal y representante indiscutible de esta corriente renovadora en sus primeros impulsos. Esto se comprueba cuando uno lee la cantidad importante de espacio del capítulo que se le dedica casi exclusivamente a su persona. Posteriormente a 1955 y la caída del peronismo, es que podemos encontrar a los que vinieron después que él, aunque desde diferentes posiciones, como Tulio Halperin Donghi, para sumarse en esta cruzada historiográfica. Asimismo es el único capítulo que le dedica algunas páginas, aunque sean más bien tímidas, a la producción historiográfica por fuera del epicentro que conforman en este

---

3 Pág. 460

libro *Capital Federal* y, luego, *La Plata*, adentrándose en lugares como el Litoral, Córdoba, Tucumán y Mendoza. Lo mismo sucede, por ejemplo, con la mención a otro tipo de científicos sociales que generaron nuevas maneras de aproximarse y abordar el pasado. En este caso puntual a un puñado de economistas y sociólogos, entre los que se destaca Gino Germani.

En cuanto al ensayo bibliográfico se podría utilizar la explicación que hacen los autores sobre el mismo. Es decir, que este apartado fue pensado y hecho para orientar a las personas que hayan leído este libro en una numerosa serie de lecturas historiográficas de tipo complementarias, señalando aquellas obras que consideran imprescindibles de revisar sobre esta temática, así como también aquellas que fueron utilizadas y mencionadas a lo largo de los capítulos tratados.

Los seis capítulos, aunque tres hayan sido escritos por uno y tres por otra, dan cuenta de algunas líneas en común que comparten. Básicamente se los podría agrupar en torno a una serie de características comunes. Primero que el contenido está centrado en torno a una pequeña biografía de cada uno de los historiadores que eligen tratar, seguido con algún tipo de análisis de alguna de sus obras más icónicas. Pero acá surgen una serie de preguntas que apuntan hacia el tipo de fuentes que utilizaron para analizar las diferentes corrientes historiográficas. ¿Sólo a través de publicaciones académicas se vehiculizan? Claramente ahí cristalizan y condensan gran parte de ellas, pero ¿No lo hacen también a través de escritos personales privados, conferencias públicas o diálogos ocasionales? Seguramente es más difícil acceder a este tipo de material, pero no dejan de ser igualmente ricos de analizar. En la subjetividad más personal y profunda de las personas ¿No se puede ver también cual es su postura historiográfica? Incluso al estar en otro registro y tener otra intencionalidad que la de un escrito académico y científico ¿No son otras las cosas que pueden emerger y surgir para enriquecer nuestra visión y análisis del pensamiento histórico de esa persona? Si bien cada tanto pueden aparecer estas fuentes alternativas a lo largo de la obra, uno se puede dar cuenta que claramente no son usadas con la misma creatividad, profundidad y frecuencia que pareciera que reservan para usar en los libros y escritos de carácter profesional. Sin dudas estas fuentes son el objeto privilegiado y absolutamente primordial de abordaje y análisis.

En segundo lugar, pero relacionado a lo anteriormente dicho, es factible ver que también todos ellos siguen los derroteros de las diferentes corrientes historiográficas que deciden

destacar (en relación a diversos aspectos del contexto histórico en el que se insertan), a través de historiadores concretos. Es decir, vehiculizan las diferentes tradiciones historiográficas a través de individuos reales, como condensando en ellos gran parte de la corriente a la que se lo adscribe. Se elige esas corrientes y no otras, y a la vez se elige corporizar esas corrientes a través de esos historiadores y no a través de otros. Dejan entrever, asimismo, que se podrían haber usado otras figuras que se mencionan al pasar, pero que claramente no serían tomadas por no ser lo suficientemente representativas o icónicas/as de la corriente.

Por último, y tal vez desde mi punto de vista viene a ser lo más criticable de este libro, también es intrínseco a todos los capítulos la presencia abrumadora y casi exclusiva de hombres/varones como privilegiados productores de material histórico. Parecería que los historiadores varones fueron los únicos que pudieron innovar e introducir problemas y temáticas nuevas que generaron polémica en el ámbito académico, así como diversas formas de abordar el pasado. Cuando aparecen mencionadas historiadoras mujeres se hace de manera absolutamente marginal, como discípulas o continuadoras de la tradición iniciada por algún varón. Incluso a pesar de ser tratadas como meros apéndices de sus maestros varones no se logra desarrollar el posible aporte que pudieron haber hecho, desde ese lugar marginal en el que se las pone, en el campo histórico-académico argentino. En este sentido, la única “excepción” en las 475 páginas que posee el libro es el de Haydeé Gorostegui de Torres, a la que se le dedica poco menos de una carilla, en un repaso sumamente fugaz por su vida académica. ¿Las mujeres no escribieron Historia? ¿Sólo los varones pueden hacerlo de una forma innovadora y con posibilidades de abrir nuevos horizontes intelectuales? Por supuesto que estas dos preguntas, y tantas otras que podrían apuntar en este sentido, son absolutamente retóricas. Aunque pareciera que las escasas treinta y ocho veces –aunque por supuesto puede haber un margen de error mientras iba llevando la cuenta- que hace referencia el libro a mujeres<sup>4</sup> venga a responder esas preguntas en la dirección contraria. Esto se ve de forma muy clara cuando, por ejemplo, cada vez que se desdobra desde un historiador varón el abanico de sus discípulos entre varones y mujeres, se termina optando siempre por analizar la carrera de los personajes masculinos, ignorando el camino que siguieron las mujeres.

---

4 Número que incluye aquellas veces que repite el nombre, por ejemplo, de una misma autora. Por lo tanto, la cantidad de mujeres que aparecen mencionadas en el libro es bastante más inferior que ese número que pongo.

Este planteo me lleva hacia otros. Por ejemplo, si resaltan –aunque sea de manera escueta- el antisemitismo y el desprecio casi general por los pueblos originarios que sienten algunos de los ya mencionados historiadores que aborda el libro. ¿Por qué no resaltar su machismo y su heteronormatividad? En definitiva, ¿Cuáles son los criterios, en última instancia, para considerar a esos autores como los claves para hacer un estudio de historiografía argentina? ¿Por qué, por ejemplo, no se tomó como medida los avances en torno al feminismo, al indigenismo u otro tipo de metodologías y posturas historiográficas? Pareciera más que se toman a los autores considerados clásicos de manera acrítica. Como algo que ya está asentado y dado por hecho. Indudablemente son personas que ejercieron todo tipo de contribuciones o dejaron varias marcas en la profesión histórica, pero ¿Fueron los únicos/as? ¿No es hora de empezar a buscar otros además de los clásicos consagrados que nos vienen ya masticados y digeridos por generaciones pasadas? ¿No haría falta que empecemos a agrupar y analizar a estos historiadores y a otros en base a criterios historiográficos más modernos y cercanos a las posturas intelectuales que podamos tener hoy en día?

Voy a tomar por caso a Bartolomé Mitre porque puede ser tal vez el ejemplo que resulte más claro, aunque el fondo del planteo se podría aplicar a tantos otros historiadores que aparecen mencionados en el libro. Entonces, ¿Cuántas obras ya fueron dedicadas a Mitre? Un buen cambio de rumbo y una gran punta de lanza para avanzar en la comprensión historiográfica sería dejar de escribir una y otra vez sobre Mitre, ya que el carácter a veces reiterativo o escasamente novedoso, sumado al aumento cuantitativo constante de los trabajos dedicados a su figura hace que la temática se torne prácticamente inabordable. Hoy en día ya no sabemos muy bien por qué eso se sigue haciendo, o por ahí sí lo sabemos. Pero también es cierto que simplemente damos por hecho que así debería seguir siendo. Es una carga muy pesada que tenemos de la historiografía pasada que no podemos sacarnos de nuestras espaldas. Esta nueva ortodoxia se ha convertido en un verdadero lastre. Hay que ampliar enormemente los horizontes, y para eso tenemos que arrancarnos esas anteojeras que nos dejamos poner sin más. Cuántos hallazgos interesantes aparecerían si empezáramos a mirar hacia otros rumbos, hacia otras personas. Cómo crecería cuantitativa y cualitativamente el corpus de análisis y abordaje historiográfico. Buena hora sería ya para empezar a escribir sobre aquellos historiadores/as que fueron históricamente ignorados.



Si bien una de las formas de ordenar el libro fue de manera cronológica, ¿No hubiera sido mejor ordenarlo de manera diacrónica? Con esto lo que quiero decir es por ejemplo, que en vez de tratar los diferentes individuos en un espacio de tiempo dado, se hubiera podido analizar el uso que esos mismos historiadores hicieron de los documentos y las fuentes a lo largo de la historia argentina o los diferentes temas, perspectivas, usos, concepciones e interpretaciones que tuvieron estos historiadores sobre el pasado y los hechos históricos, por nombrar sólo algunos de los temas que se repiten de forma reiterativa, y con justa razón, a lo largo del libro. Igualmente ese ordenamiento cronológico que realizan del mismo no deja de aportar, por eso, algunas herramientas de análisis historiográfico que, aunque se usan para abordar corrientes históricas del pasado, son susceptibles de ser utilizadas en el presente.

Por último me gustaría destacar tres aciertos más que tuvieron a mi criterio los dos autores con este libro. El primero tiene que ver con lo sumamente positivo que es el hecho de que pongan en discusión con la persona que está leyendo el libro el por qué de los nombres que se les asigna a estos grupos de historiadores y sus corrientes. Es decir, son conscientes de los límites y las posibilidades que poseen las diferentes denominaciones que utilizan. Entienden a estos últimos como conceptos densos, cargados de significados, aptos de ser superados y/o resignificados. El segundo acierto es que logran atender con relativo éxito a las razones políticas y al contexto específico en el momento que “surgen” las diferentes corrientes historiográficas, así como también dar cuenta de los diversos aportes e influencias extranjeras. Logran dejar en claro las diferentes demandas al conocimiento histórico según el momento y el sector que las haga en relación a sus intereses.

El último tiene que ver con las cronologías que utilizan. Por lo general éstas no tienden a ser cerradas, sino que permiten un ir y venir, dándole un poco más de dinamismo al entendimiento de las diferentes corrientes intelectuales que se abordan. Si bien les dan un marco, las dejan bastante más abiertas para estirarlas hasta donde se pueda, según corresponda. No hacen cortes temporales tradicionales o conservadores, sino que las cronologías se atraviesan las unas a las otras, llegando incluso a convivir en un mismo lapso de tiempo los revisionistas, aquellos que provienen de la izquierda, la Nueva Escuela Histórica y los llamados renovadores. Los años no determinan los capítulos, sino que en todo caso lo hace la coherencia intelectual-política que le encuentran a los grupos que conforman según los diferentes parámetros que consideran para cada uno de

ellos. En conclusión, dan cuenta sobre las líneas de continuidad y ruptura, así como de los antecedentes y contribuciones. Es importante destacar esto, ya que los autores con esto nos demuestran que las cronologías que se eligen no son caprichosas ni trascienden a las personas, sino que sólo adquieren lógica cuando se las puede justificar o buscarle coherencia con respecto a lo que cada historiador/a le interesa enfocarse.